El zorro y la madrina

La loba dio a luz una cría y mandó invitar al zorro como padrino. «Es pariente nuestro», dijo, «tiene buen juicio y mucha habilidad; puede instruir a mi hijito y ayudarlo a abrirse camino en el mundo». El zorro se presentó muy respetuoso y dijo: «Querida madrina, os agradezco el honor que me hacéis, pero yo también me portaré de modo que tengáis motivo de alegraros». En el festín se dio buena vida y se puso muy alegre; luego dijo: «Querida madrina, es nuestro deber cuidar del niño; vos debéis tener buena alimentación para que él también cobre fuerzas. Yo conozco un redil de ovejas de donde podemos sacar fácilmente una buena pieza». A la loba le gustó la canción y salió con el zorro hacia la granja. Él le señaló el redil desde lejos y dijo: «Por allí podréis deslizaros sin que os vean; mientras tanto, iré a mirar por el otro lado si consigo atrapar algún pollito». Pero no fue allí, sino que se sentó a la entrada del bosque, estiró las piernas y descansó. La loba se deslizó en el redil; allí había un perro que armó tal alboroto que acudieron corriendo los campesinos, sorprendieron a la madrina y le derramaron sobre el pelaje una lejía fuerte de ceniza sin quemar. Al fin logró escapar y se arrastró fuera: allí estaba tendido el zorro, que se hizo el muy desdichado y dijo: «¡Ay, querida madrina, qué mal me ha ido! Los campesinos me han atacado
[387] y me han destrozado todos los miembros; si no queréis que me quede tendido en el sitio y me consuma, tendréis que llevarme de aquí». La loba apenas podía moverse con lentitud, pero sentía tanta preocupación por el zorro que se lo puso a cuestas y llevó al padrino, que estaba sano y salvo, despacio hasta su casa. Entonces él le gritó: «¡Adiós, querida madrina, y que os siente bien el asado!», se burló de ella a carcajadas y se fue corriendo.